

EL ACUERDO ENTRE ETEOCLES Y POLINICES

YOCASTA.—[...] Y, apenas se sombreó de barba el mentón de nuestros hijos, ellos ocultaron bajo cerrojos a su padre, para que su infortunio quedara olvidado, lo que requiere muchos trucos. Aún vive en el interior del palacio. Desvariando a causa de la desdicha, invoca sobre sus hijos las más impías maldiciones: que con el afilado hierro desgarran esta casa.

A ambos les invadió el temor de que los dioses dieran cumplimiento a las maldiciones, en caso de convivir juntamente, y de común acuerdo establecieron que el más joven, Polinices, se exiliara primero, voluntariamente, de esta tierra, y que Eteocles se quedara para detentar el cetro del país, cambiando sus posiciones al pasar un año. Pero una vez que se estableció junto al timón de mando, él no abandona el trono, y expulsa, como desterrado de este país, a Polinices.

Este se fue a Argos, emparentó políticamente con Adrasto, y, habiendo reunido un numeroso ejército de argivos, lo guía; y, presentándose ante estos mismos muros de siete puertas, reclama el cetro paterno y su parte de tierras. Yo, tratando de resolver la discordia, he convencido a mi hijo de que acuda, bajo tregua, ante su hermano antes de apelara a la lanza. El mensajero enviado asegura que vendrá.

Conque, ¡oh Zeus, que habitas los luminosos repliegues del cielo!, sálvanos y permite el acuerdo entre mis hijos. No vas a consentir, ya que eres sabio, que un mismo mortal persista siempre en la desdicha.

Eurípides, *Fenicias*, 63 y ss.

EL COMBATE FATAL ENTRE ETEOCLES Y POLINICES

MENSAJERO.—[...] Una vez que hubieron equipado su cuerpo con las bronceas armaduras, los jóvenes hijos del viejo Edipo se apostaron erguidos en medio de las líneas de combate, dispuestos para el combate cuerpo a cuerpo y el choque de lanzas. Mirando hacia Argos exclamó sus votos Polinices: «¡Oh soberana Hera —pues a tu amparo estoy, ya que por matrimonio me uní a la hija de Adrasto y habito su país— concédeme matar a mi hermano y que mi diestra en el combate se cubra de sangre, recogiendo la victoria!».

Eteocles, dirigiendo su vista a la muralla de Palas, la del escudo de oro, rogó: «¡Oh hija de Zeus, concédenos clavar nuestra lanza victoriosa con esta mi mano, al impulso de mi brazo, en el pecho de mi hermano y darle muerte a ese que vino a devastar mi patria!». Y en cuanto emitió su llamarada una antorcha, al oírse el son de la trompeta tirrena, señal para el combate sangriento, se lanzaron con terrible impulso uno contra otro. Como dos jabalíes que afilan su salvaje mandíbula se trabaron, con los mentones humedecidos por la espuma. Se acometían con las lanzas. Pero se amparaban tras los escudos, de modo que que el hierro sesgaba en vano. Si uno advertía que los ojos del otro sobresalían del círculo del escudo le disparaba la lanza al rostro con deseo de anticiparse a su ataque. Pero hábilmente aplicaban el ojo tras las hendiduras de los escudos, de forma que se moviera baldía la lanza. Más abundante les corría el sudor a los espectadores que a los combatientes, en el temor por sus amigos.

Pero Eteocles, al rechazar con el pie una piedra que rodó a su paso, saca su pierna fuera del escudo. Y Polinices, viendo el blanco ofrecido a su hierro, se abalanzó con su lanza. Y le atravesó la pantorrilla la lanza argiva. Todo el ejército de los descendientes de Dánao lanzó un grito de admiración por el triunfo. Pero el ya herido advirtió que en ese esfuerzo había descubierto el hombro e hincó con fuerza su lanza en el pecho de Polinices. Así deparó gozo a los conciudadanos de Cadmo; pero quebró la punta de su lanza. Encontrándose en aprietos de perder la lanza, retrocede un paso, y tomando una piedra de mármol la lanzó y le partió por la mitad el asta a la de Polinices. En pie de igualdad estaba la lucha, privada de pica la mano de ambos.

Entonces echaron mano a las empuñaduras de las espadas y se embistieron y entrechocando los escudos se envolvían con gran estruendo de batalla. Entonces Eteocles recordó y aplicó un ardid tesalio, que sabía por frecuentar la región. El caso es que, cediendo de su constante empuje, lleva hacia atrás su pierna izquierda, observando con cautela los huecos del vientre, y adelantando la pierna derecha a la altura del ombligo le hundió su espada y la clavó entre sus vértebras. Entonces se dobla por la mitad, abatido, Polinices y cae entre borbotones de sangre. Eteocles, pensando que ya tenía el poder y había vencido en la batalla, arrojando al suelo su espada, iba a despojarle, sin prestar atención a su persona, sino solo al botín. Esto precisamente le perdió. Porque, aunque respiraba aún apenas, conservaba su hierro en la mortal caída, y, con gran esfuerzo, logró sin embargo hincar la espada en el hígado de Eteocles el ya derribado Polinices.

Mordiendo el polvo al lado uno de otro yacen tendidos ambos, y no decidieron la victoria.

Eurípides, *Suplicantes*, 1359 y ss.